EL FINAL DE UNA IMPOSTURA

Alas, poor Harold... El último error de seis años de errores políticos le ha costado el poder, cuando todo le sonreía, cuando parecía que se le daba por cuatro años más y que sus rivales conservadores se hundían en la misma decadencia que años atrás se llevó al partido liberal (cuya merma se ha acentuado más en estas elecciones). El mismo Harold Wilson fijó esta fecha electoral como óptima, engañado por los pronósticos científicos de las auscultaciones computadas de la opinión pública, y este Waterloo electrónico es uno de los varios aspectos gratos del resultado electoral británico. Es una reivindicación de la política humana sobre la política técnica. Es un tema largo para desarrollar aquí, pero puede citarse al padre Dubarle, que, en una circunstancia parecida —la elección de Truman, haciendo fracasar todas las encuestas Gallup—, comentaba que la lección posible es que era «radicalmente imposible toda manipulación mecánica de situaciones humanas», y la aún menos sospechosa de Norbert Wiener —creador de la cibernética, padre de los cerebros electrónicos—, que señalaba el riesgo de que «tales máquinas, aunque impotentes en *sí* mismas, puedan ser utilizadas por un ser humano o un grupo de seres humanos para acrecentar su control sobre el resto de la raza humana, o que algunos dirigentes políticos intenten controlar sus poblaciones por medio no ya de máquinas, sino a través de técnicas políticas tan estrechas o indiferentes a las perspectivas humanas como si las hubiese concebido, de hecho, mecánicamente. La gran debilidad de la máquina —la debilidad *que nos* salva de estar dominados por ella— es que no puede tener en cuenta toda la vasta extensión de probabilidades que caracteriza la situación humana. El dominio de la máquina presupone una sociedad en los últimos grados de la entropía creciente, en los que la probabilidad no cuenta y donde las diferencias estadísticas entre individuos son nulas. Felizmente, no hemos llegado aún a tal estado».

Un aspecto grato es el del final de una impostura. Durante los seis

e. haro tecglen

«Unas elecciones serias, sin disturbios y sin insultos, y un relevo de poder rápido y sonriente, con quizá la procesión por dentro, pero de ninguna manera por fuera; un primer ministro saliente —y saliente por su error, repentinamente, inesperadamente— acogiendo con sonrisas y felicitaciones en la televisión a su sucesor».

años de gobierno laborista, la Gran Bretaña ha tenido una política conservadora enmascarada. Ninguno de los ideales fabianos, de las teorías económicas socialistas y de las prácticas sindicales obreras (laborismo= trabajismo) que dieron origen al partido han sido asumidas por Wilson. La defensa de la libra esterlina se ha realizado en forma de la defensa del capital británico con alienaciones tales como la satelización con respecto a los Estados Unidos —fuente nutricia de divisas— en toda su aventura imperial, la defensa de los últimos y desgarrados jirones del imperio propio, desde Malasia a Gibraltar pasando por Aden; la lenidad en la acción, cuando esa rotura del mando imperial se manifestaba en forma antisocial —Rhodesia, Africa del Sur—; la presión interior para contener los salarios, la represión de las huelgas con la denominación de «salvajes»... El enmascaramiento de este gobierno conservador se ha hecho con la piel laborista de un progresismo en las costumbres: lo que se ha llamado «sociedad permisiva», con la abolición de la pena de muerte, el cese de la persecución a la homosexualidad, el permiso para el aborto legal y, finalmente, esta ley rebajando la edad de votar de los veintiuno a los dieciocho años, de la que Wilson esperaba mucho y de la que, finalmente, no ha obtenido nada, es otro de los rasgos importantes de estas elecciones.

La reducción de la edad de votar está combatida en todos los países por lo que llamaremos la derecha, y sostenida por la izquierda. El presupuesto inicial es el de que la juventud no puede ser conservadora y de que los nuevos rasgos «contestatarios» suponen un índice de la radicalización de la juventud. Lo que parece demostrado en estas elecciones británicas, y hasta nueva orden, es algo que los marxistas tenían de antiguo como dogma, a saber: que no existe real lucha entre generaciones, sino entre clases sociales, y que cada individuo se manifiesta no según su edad, sino según el grupo al que pertenece. Este ha sido el índice de las elecciones británicas: los nuevos votantes —que no son sólo los que han cumplido dieciocho años, sino también los que cumplieron hasta veintiuno después de las últimas elecciones generales, en 1966— parecen haberse mostrado con las mismas tendencias electorales que las clases senatoriales; lo cual, sin duda, hará que los países que están estudiando la reducción de la edad de votar —Estados Unidos y Alemania Federal, los primeros— acepten con mayor facilidad abrirles el camino hacia las urnas. Algunos sociólogos creen que lo que irrita a la juventud es el que no se le den medios legales para participar, y no el sentido de esa participación. Por otra parte, en Gran Bretaña, la tolerancia de la «sociedad permisiva» no se considera entre los jóvenes como una concesión del partido laborista durante su poder, sino como una conquista propia, independiente de las formas de gobierno. Esto es algo que no está tan claro.

Otro aspecto confortador de estas elecciones es, probablemente, sentimental: el espectáculo del juego ceremonioso de la vieja democracia, tan infrecuente en el mundo. Unas elecciones serias, sin disturbios y sin insultos, y un relevo de poder rápido y sonriente, con quizá la procesión por dentro, pero de ninguna manera por fuera; un primer ministro saliente —y saliente por su error, repentinamente, inesperadamente— acogiendo con sonrisas y felicitaciones en la televisión a su sucesor: «Un hombre al que siempre he admirado personalmente y que habría llegado más rápidamente a sus fines si quienes le rodean le hubiesen permitido ser él mismo...».

Para Wilson, los motivos de su derrota electoral son «quizá porque, por una parte, los electores no han comprendido bien la diferencia entre los dos partidos en presencia; puede ser, también, porque los golpes que han recibido mientras luchábamos para restablecer la estabilidad económica les duelen aún...». ¿Qué otras razones, a más de las señaladas, puede haber para esta sorpresa electoral? La idea de que el resultado de las elecciones se ha falseado precisamente por la intervención de la predicción electrónica pertenece a la mitificación de la máquina. Se supone que muchos laboristas se han abstenido porque estaban seguros de que su intervención personal no era necesaria. De la misma forma puede suponerse que se hayan abstenido muchos conservadores, convencidos por las predicciones de que todo esfuerzo sería inútil... El análisis de las abstenciones parece indicar que hay un reparto de opiniones latentes muy similar al de los votos expresados. Pero la existencia de estas mismas abstenciones es importante. Se han elevado a un veintiocho por ciento, cuando en 1966 fueron del 24,1. El aumento de las abstenciones significa la falta de estímulo por ninguno de los dos partidos en presencia, la falta de opciones combativas realmente diferenciadas. Si el espectáculo democrático es confortante, el fondo democrático es deficiente. No hay diversificación, no hay contrastes, no hay vías políticas.

¿Cuál será la política del nuevo gobierno, de los recuperados conservadores? En lo esencial no debe haber grandes cambios, pero sí el desenmascaramiento de la situación. Una mayor aproximación al Mercado Común, un fortalecimiento de lazos con Estados Unidos, la misma actitud posimperial, el desbloqueo de las armas para Africa del Sur, nuevas relaciones con Rhodesia, endurecimiento del protestantismo en Irlanda del Norte y un nuevo vigor en la aplicación de «ley y orden» en forma de justicia y de policía. En lo que sí debe haber grandes cambios es en la oposición, en el comportamiento del partido laborista. Es ahora cuando tratará de ahondar en las diferencias que no pudo, no supo, no quiso o no osó abordar desde el poder. Las huelgas ya no serán «salvajes», y deberán producirse en abundancia. Quizá Wilson no pueda seguir al frente del partido. Quizá presionen los sindicatos para que sea sustituido por un dirigente más radical, más claro. Probablemente el peso del laborismo se pueda hacer sentir más aún desde fuera del gobierno, desde la oposición, que desde el desgraciado ejercicio del poder.